

## Epifanía de los muertos

Por Querida Lizy

*Maté a una mujer.*

Me es imposible contar con certeza de dónde vino la idea, o de cómo pasó, o exactamente el tiempo en qué transcurrió; pero ya con las manos ensangrentadas y cargadas de tanta culpa, culpa mía y suya, no pude pensar más hasta completar el acto. No la odiaba, ni mucho menos la envidiaba. Lo que sentía por ella estaba suspendiendo de una muy delgada cuerda de cariño y buenos deseos, a punto de caer en el precipicio del desprecio.

— Deja de pensar y quita esa cara, odio cuando piensas demasiado. Solo hazlo —me dijo en un susurro cortado al borde de las lágrimas.

— ¿Cómo sabes que estoy pensando? — me defendí— y ya déjame maldita sea, no podrás convencerme tan fácilmente. Esto se está saliendo de control y la única culpable eres tú de que sea así—. No dijo nada más, solo se dio la vuelta y me ignoró por un buen rato. Ya entrada la noche, en la habitación no se oía más rumor que el del viento batiendo las ventanas y puertas con estruendo, el chasquido de mis tijeras cuando cortaba un par de papeles al azar y su llanto silencioso que parecía no tener final. Estaba ahogándose en estas cuatro tortuosas paredes. Tan necesitada como siempre, haciéndome flaquear y quedar como la villana. Qué poco podía imaginar que me haría llorar por igual.

El reloj marcaba las 9:18 de la noche cuando una sombra se coló por la rendija de la puerta, siendo la luz amarillenta proveniente del pasillo lo único que alumbraba parcialmente la habitación, ahuyentado a su paso la propagación de la oscuridad por completo.

— No te olvides de rezar antes de acostarte, pídele a Dios que te quite el mal vivir que tienes — escuché la voz de la sombra hablar finalmente, era mamá Juana. Me hizo olvidar momentáneamente aquella presencia tormentosa y en cambio avivó el temor al sacrilegio que estaba por venir. Unos minutos después volteé hacia la orilla de mi cama, y estaba allí de pie, sin mucho qué decir a pesar de que siempre amaba tener las palabras finales.

La vi moverse y con ella sus manos, paseándose por la cama, por la mesa, por los libros y por mi rostro. Temblaba como hoja en pleno otoño, aferrándose al árbol débilmente, pero consciente de la inminente caída que le espera. Siempre hermosa y delicada, con ojos profundos, rogando por su propio porvenir. Me miró y en menos de un segundo posó sus labios secos y maltratados en mi frente.

— Tú no quieres eso Lidia. No reces esta noche. —acarició mi rostro con una veneración casi divina, como lo hacen quienes ruegan de rodillas frente a los santos — Déjame que te bese los párpados y descansa, pero no me mires a los ojos que luego recuerdo cómo me niegas lo único que te he pedido y me hierve la sangre.

— Pero no quiero ir a dormir, tengo miedo de soñar— dije.

— No tienes que dormir para descansar — respondió casi al instante, como si ya conociera este diálogo a la perfección y consecuentemente tuviera las respuestas premeditadas.

Me dejó con las palabras prendadas en la boca y la ansiedad latente de dar una respuesta, más por temor de ceder con mi silencio, que por la necesidad de llevarle la contraria. En un abrir y cerrar de ojos ya no estaba, ni su esencia, ni su calor, ni sus dedos en mi cara, no sentía la suave brisa que siempre le acompañaba. No llegó a besarme los ojos, ni a despedirse propiamente. Entonces sentí frío y fui consciente de que ya la luz del pasillo no se colaba en la habitación. Todo era oscuridad.

Dormí.

*Maté a una mujer y quiero creer que le hice un favor.*

Soñé cosas desagradables entonces: mi mano y un par de tijeras, un vaso medio lleno de lágrimas, y una mujer sin rostro. La rama de una mangifera arremetía contra los cristales de la ventana agitando su marco, ocasionando un estruendoso sonido que me despertó entre sueños haciéndome enfrentar cosas más desagradables aún. Extendí el brazo, tratando de separar la molesta rama, más en su lugar sentí el tacto de sus cálidas manos. Ella estaba de vuelta, justo fuera de la ventana con semejante tempestad.

Poseída por un intenso terror traté de alejarme, mas ella se aferraba a mi mano. Y repetía vez tras vez:

— Hazlo, por favor, nunca te pido nada.

— Te fuiste sin besarme los párpados. ¡No lo mereces, malagradecida! —grité en respuesta.

— Nunca te gustó, ¡solo hazlo, por favor, nunca te pido nada! —contestó temblorosa. Llovía como si le hubiesen roto el corazón al cielo. Miré nuevamente y divisé su rostro, dándole forma a lo que había soñado anteriormente. Sus ojos estaban cristalizados y ardiendo de un rojo intenso, su naricita repleta de mocos no me dejaba concentrar y sus pómulos regordetes estaban bañados en lágrimas. Estaba sufriendo.

El dolor y el temor, la angustia y la desesperación me hicieron obrar cruelmente y al no lograr hacerla callar cedí. Con la mano que me quedaba libre tomé la tijera de la mesa contigua. Apreté los puños, llena de miedo e indecisión. Empuñé el objeto en su pecho, haciendo que parte de mi cuerpo traspasara el cristal ya roto de la ventana, la sangre brotó y salpicó mi camiseta. Ya no había marcha atrás, solo se escuchaba el sonido del objeto filoso entrando y saliendo de su pecho. La conciencia me gritaba, estaba haciendo de mi corazón un infierno terrenal.

— *P-perdón* — lloré por nuestros recuerdos. Pero su mano seguía oprimiendo la mía, la magullaba dispuesta a no dejarla ir. Me miró directamente a los ojos, enfrentándome por vez primera en toda la noche y en cambio me agradeció.

¿Era necesario llegar a este punto? Estaba frente a la ventana, mis rodillas a punto de fallar y con los brazos cansados de sostener su peso, estaba a punto de caer. Aflojó su agarre y la presión ejercida. Segundos después se escuchó el golpe seco de su cuerpo cayendo al césped en el primer nivel. Metí la mano nuevamente, los cristales estaban

incrustados en toda la extensión de mi brazo haciéndome manchar el piso de la habitación en mi camino hacia el nido de sábanas que se había hecho mientras dormía. Ya ni la luz de la luna bañaba el otro lado de mi cama, no había nada que pudiese revelar lo acontecido. Había soledad.

Levanté mis sábanas y examiné la habitación, se sentía el olor a muerto. Tenía frío, y en mis manos blanquecinas estaba formándose una mancha indeleble junto al mango de la tijera. En mi pecho, que alguna vez vibró de felicidad, se extendía el eco de sus lloriqueos, sangraba. Había terminado.

— Cálmate, ella lo pidió. Mañana le llevas flores y listo — me dije llevando la mano que anteriormente la sostenía a mi corazón, no se oía ningún latido. Sentí mi alma serena, consciente de que en su muerte había algo inquebrantable, más allá de lo que el cielo y la tierra pudieran atestiguar. Había paz.

La noche avanzaba hacia el amanecer, y eso solo significaba algo: habría luz.

*Maté a una mujer y el mundo lo supo.*

A la mañana siguiente desperté, me hice café en la greca con tapa rota y lo serví en mi jarrito de Santo Domingo. Reconocí la voz de mamá Juana que llamaba alarmada a los vecinos negándose a ver el cadáver caído frente a mi ventana. Me obsesioné con un par de flores amarillas cayendo de un roble del otro lado de la calle, las vislumbré con añoranza, y me preguntaba si a ella les gustarían tanto como a mí. En esa misma mañana me enamoré de la forma en que mi hermano se aferraba a creer que existía algo más allá de lo visible y sostenía su mano rogando a algún dios que le devolviera a la vida. Vi cómo se aglomeraban las personas a su alrededor, unos atónitos por el hecho, unos tomando fotos y vídeos, y otros que lloraban sin entender un porqué. Parada desde mi ventana, recordé el vaso que nunca llevé a la cocina y estaba a medio llenar, mas no vacío del todo, y que siempre funcionó como excusa, pero ya no estaba.

El *ring ring* del teléfono y las sirenas de los policías y la ambulancia se extendían por toda la calle, sin embargo, no me molestaba. Se había vuelto un recuerdo para el mundo de que en algún momento ella vivió y sintió.

A lo lejos escuchaba el andar de una niña perdida; el corazón de mi madre, un latido tras otro reclamando su apellido al lado de mi nombre; la fuerte voz de papá, sinfonía de reyes, cantando un lamento a destiempo; el viento susurrándome al oído que Enriqueta Ochoa no mentía al decir que “lo que más amo, lastimo”. Veía el danzar de las ramas de los árboles en señal de vitoreo por sobrevivir la noche a un cielo maligno, el rocío de sus hojas caía sobre el lánguido cuerpo que alguna vez abracé y me besó los ojos.

Me tomé un momento para observarla por última vez con infinita ternura. En sus manos un par de tijeras bañadas en sangre, poseían una mancha como en las mías. Su brazo estaba cubierto del líquido rojo que llegaba a gran parte de su cuerpo, tenía cristales incrustados hasta lo más profundo de su carne. En sus ojos y mejillas un rastro de lágrimas secas que me eran familiares. En cambio, de su pecho apuñalado crecían flores, mismas que me fascinaron en la mañana. Me pregunté cómo nadie puede imaginar siquiera que en el lecho de los muertos puede crecer la vida.

Entonces llegó la revelación, alumbrando el espacio vacío entre su pecho y mi pecho, el mío que alguna vez estuvo lleno de los ecos del golpeteo de un corazón que vivió, y el suyo que ahora sirve como vasija de flores. Llegó la iluminación como el galopeo de un caballo sin dueño, llevándome a conocer al verdadero yo que se ocultaba en penumbras y tormentas, entre máscaras y espinas rehusándose a ver el universo, no asustada de la muerte en cambio sí de la vida. Llegó la epifanía y comprendo al fin:

*Maté a una mujer y esa mujer era yo.*